

Karine Bernal Lobo

LAS CADENAS DEL REY



KARINE BERNAL LOBO

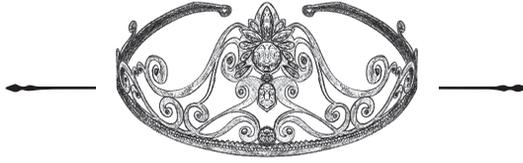
LAS
CADENAS
DEL REY



El amor destruye
tanto como la guerra

ILUSTRACIONES DE
Álvaro Cardozo

 Planeta



1

MISHNOCK

HELIA 7 — ESTADO TEMPORAL 5 — AÑO 2

EMILY



Diciembre ha abierto sus brazos y nos ha arropado con brisas fuertes. Ahora recorro sus semanas como si fueran los pasillos del palacio. Voy cabizbaja, triste, esperando el momento en que pueda tomar entre las manos la carta hacia la libertad y volver a sonreír.

Los días han sido tortuosos y siento que he estado arrastrando cadenas con los pies. Cada mañana me marchita y me pesa sobre la espalda como un enorme bulto que aumenta mi dolor, mi encierro.

Stefan y Lerentia se casaron en una gran ceremonia a la que, por supuesto, no asistí, pese a la insistencia de la ahora reina de Mishnock. Al parecer, es una victoria personal para ella.

Sin embargo, el acontecimiento más importante es sin duda aquella noticia que no me deja en paz desde que la leí: Lacrontte ha sido atacado por el rey Aldous. Sí, el soberano de Grencowck logró violar la seguridad de la Guardia Negra e incluso pudo extender su ira hasta las entrañas de la casa real. Me cuesta imaginar a nuestros victimarios siendo víctimas. Parece un chiste sin sentido, pero sucedió y la noticia adornó los diarios de Mishnock por una semana. Todavía nadie se explica cómo sucedieron las cosas, cómo pudo Sigourney desplegar su ejército en un reino tan protegido como Lacrontte. Aunque, para mí, su motivación es clara: el oro robado de las bóvedas. El oro que yo ayudé a sustraer.



El pueblo celebró el acontecimiento como si hubiera sido nuestro ejército el perpetrador. Se oía el cántico de la marcha del rey en las calles, nuestro himno. Muchos mishnianos ahora muestran su apoyo al rey Aldous sin saber la clase de cerdo que es, la precariedad en la que mantiene a sus súbditos y el lúgubre paisaje que pinta su territorio. Es un reino contaminado y sucio.

Ese lunes por la mañana, cuando leí el titular en el periódico, se me erizó la piel. Solo había una imagen, pero bastó para que se me arrugara el corazón. El monarca de Grencowck sostenía una bandera de Lacrontte rota y a medio quemar mientras sonreía en la escalinata de la entrada principal del palacio.

Fue como si el cielo le hubiera enviado un obsequio a Stefan, ya que el atentado ocurrió justo para la fecha de su coronación, por lo que no debía temer ningún ataque por parte del rey Magnus, quien seguro estará ocupado reparando los daños que Aldous dejó en sus calles tras mancillarlas. Desde ese día me pregunto cómo se sentirá ese Lacrontte tan orgulloso. Todas las noches pienso en él y me aflige un poco su situación porque sé lo que es ver tu nación vulnerada y humillada, y eso es lo que al mismo tiempo me enoja. No quiero sentir compasión por la persona que me ha hecho vivir con miedo tantos años, pero la siento. Me gustaría tener más fortaleza para no dejarme llevar tan fácil de mis emociones. Me gustaría tener el carácter de un soberano.

—Al parecer el rey ya está listo, señorita —me informa Leslie, cerrando la puerta tras entrar a la habitación—. Lo he visto fuera de su alcoba con pantalón y camisa. Ya se quitó el traje que usó en la ceremonia.

—¿Segura? —pregunto con el corazón agitado, y ella asiente.

No tengo mucho tiempo, así que aprovecho los últimos minutos para armarme con todo lo que necesito para esta noche. Me cambio de calzado por uno más cómodo, tomo un abrigo, guardo en un bolsillo todo lo que Atelmoff me ha entregado y, como toque final, escondo el silbato que Willy me obsequió.

He invitado a Stefan al bosque Ewan para celebrar su coronación.



Hace dos noches casi me arrepiento de este plan por miedo a lo que pudiera encontrar en Lacrontte, pero ya han pasado tres semanas desde el ataque y creo que ha llegado el momento de arriesgarme. Tras idear el plan de huida con Atelmoff, tuve que cumplir la fase más importante: tener paciencia y fingir que todo estaba bien. Y es justamente eso lo que he hecho este tiempo. Mantenerme serena ha sido muy difícil. Ya no aguanto ni un minuto más aquí. Tuve que reprimir mi rabia cuando Stefan, en el comedor, se arrodilló con un anillo en la mano y le pidió de manera formal que fuera su prometida. Es asqueroso que me incluya en su juego, seguro buscando una reacción de mi parte que le dé esperanza, que le haga pensar que todavía lo quiero. Se la di. Tenía que hacerle creer que me duele que una su vida a otra mujer, cuando en el fondo lo único que ha conseguido es que lo desprecie aún más.

El príncipe, bueno, ahora rey, vino por la noche a mi habitación con miles de excusas, diciendo que no era algo que quisiera, pero que estaba obligado a casarse. Tuve que aparentar que le creía, tuve que guardarme las ganas de gritarle que me dejara salir de aquí, de llorar de frustración. Esa noche incluso lo felicité por actuar tan bien el papel que dice estar representando y le sonreí como si de verdad me alegrara, como si no me doliera el corazón, como si cada día aquí no estuviera acabando conmigo.

La coronación fue esta mañana y tuve que estar presente para apoyarlo y mostrarme tan feliz como él por ascender al trono. Lo incómodo fue que Lerentia también recibió su título, justo después de él, y tuve que verlo.

—Cielo. —Escucho a Stefan tocar la puerta desde el otro lado.

No pierdo un segundo y lo hago pasar. La mirada azul que tanto ansiaba ver antes está sobre mí, como si yo fuera lo único que hay en esta habitación. Ni siquiera se percató de la presencia de mis doncellas. Ha bajado de peso y supongo que debe ser por la presión. Las responsabilidades que ha adquirido son mucho mayores y dudo que haya estado preparado para hacerles frente. Tal como lo dijo Leslie, se ha quitado el chaleco y la chaqueta de su traje ceremonial. Tiene



una camisa blanca con los botones superiores abiertos, las mangas recogidas hasta los codos e incluso está un poco despeinado. Luce juvenil y descomplicado, algo que en presencia de su padre no se hubiera permitido mostrar. Estoy segura de que Silas controlaba hasta su forma de vestir y peinarse. Y pese a que Stefan sigue diciendo que no es libre, estos cambios tan sutiles demuestran que ahora tiene al menos una pizca de autonomía.

—¿Cómo está el nuevo rey de Mishnock?

Finjo tanta felicidad como los nervios me permiten. Sonríe tanto que los ojos se le vuelven pequeños y entonces noto que ese gesto ya no hace efecto en mí. Ama su nuevo título, ni siquiera es capaz de ocultarlo.

—Emocionado por la noche que me espera con la mujer a la que amo.

Estas dos últimas semanas no ha parado decir eso y siento ira cada que vez que lo hace. Ya hemos cambiado, no somos él y yo contra el mundo. Soy yo sola contra el mundo y contra él.

Por el rabillo del ojo veo a Leslie servir dos copas de champaña. Sé qué está siguiendo el plan y por esa razón recibo el beso que Stefan me da con mayor entusiasmo del que querría. No puedo permitir que se dé cuenta de lo que está a punto de pasar. Las doncellas salen de la habitación mientras los labios de mi carcelero siguen sobre los míos. Los siento cálidos, gentiles y suaves como el terciopelo. Respira contra mi boca y me sostiene fuerte por la cadera. Su tacto me causa escalofríos, como si estuviera bajo una noche fría y solitaria, y por más que busco la sensación de calor que antes me daba su tacto, solo soy capaz de percibir los restos de lo que una vez ardió.

—Eres la mujer a la que quiero entregarle cada parte de mí, Emily, y de la que quiero recibir todo —me susurra contra la boca.

Me paralizó porque entiendo a lo que se refiere. El rencor se apodera de mí al escucharlo, los hombros se me tensan y lo empujo de manera impulsiva, como si se tratara de un animal que vino a atacarme. ¿Cómo se atreve? ¿De verdad cree que haré eso cuando está casado con otra mujer?



Por la manera en que frunce el ceño, me doy cuenta de mi error. No debí reaccionar así, fue un movimiento estúpido. Tengo que arreglar la situación antes de que sospeche.

—Lo siento —me adelanto a decir cuando lo veo abrir la boca—. Me tomó por sorpresa tu declaración.

—Pensé que era algo que ya sabías o que al menos suponías —replica. Me mira fijo a los ojos, buscando la mentira en ellos—. A veces me da la impresión de que finges quererme. —El tono de su voz es bajo, como el de quien se niega a aceptar una verdad aun cuando ya tiene la prueba en las manos.

—No soy tan buena actriz y tú no eres tan tonto como para tragarte un engaño —digo lo más calmada que puedo—. Me conoces como pocas personas en el mundo, Stefan. Siempre he sido honesta y eso nunca va a cambiar. Ya lo dije: me tomaste por sorpresa. —Le acaricio la piel del cuello para relajarlo.

Me cuesta aparentar un interés que ya no siento.

—Dejemos el tema para después, ¿sí? —propongo—. Quizás en el bosque podamos retomarlo. Les he pedido a mis doncellas que preparen todo y la champaña se calentará si nos demoramos. De hecho, creo que es mejor comenzar con el brindis aquí.

Camino hacia el tocador y tomo las copas. A través del cristal puedo ver las burbujas subir hasta la superficie y ruego para que el somnífero que Atelmoff consiguió y que mis doncellas se encargaron de poner se haya disuelto bien, de modo que se pierda en el sabor de la champaña. La de la izquierda es la de Stefan, eso planeamos. Si me confundo, será la tonta más grande a la que se le ha dado vida en Mishnock.

—Por la coronación. —Le entrego la copa sin dejar de mirarlo. Necesito que se la beba por completo—. Eres el rey, Stefan, tu nombre estará por siempre en la historia. Serás recordado y amado por todos, empezando por mí.

—Tú también serás recordada, cielo, lo juro.

Ni siquiera lo tiene que jurar. Gracias a su amor enfermizo me recordarán como la amante que se vino a vivir al palacio mucho antes que la reina. Es un título denigrante que pagaría por arrancarme.



Cuando se lleva la copa a la boca, la brisa se mete por la ventana y mueve las cortinas y mi cabello. El aire parece acariciarme, como si al verlo beber ya pudiera respirar la libertad. Tengo claro que tomar somníferos con alcohol es peligroso, pero Atelmoff mencionó que, al hacerlo así, se incrementa su efecto sedante y es justo lo que necesito. Por sí solo, un somnífero tarda alrededor de veinticinco minutos en hacer efecto y para el momento en que estemos en el bosque necesito que ya no pueda con los ojos y que pierda la lucha contra el sueño.

—Te quiero —le digo antes de empezar a beber y de que la efervescencia de la champaña me invada la boca, haciéndome cosquillas en la lengua.

Esta será la última vez que me escuchará decirlo. Lo juro.

* * * *

Mientras caminamos por el bosque Ewan, Stefan me agarra fuerte de la mano, como si temiera perderse. Un escalofrío me recorre el cuerpo y las piernas amenazan con fallarme. En el trayecto al carruaje estubo callado... demasiado para ser él. Se miraba las manos y luego un punto fijo en la puerta, intentando concentrarse en algo. Ahí supe que el somnífero había empezado a hacer estragos.

—¿Te encuentras bien? —pregunto cuando llegamos al claro, nuestro lugar en el mundo.

Con cuidado, desvío la vista para rastrear la zona porque sé que entre las sombras debe estar Mendo, el hombre que será mi guía.

Stefan se masajea la nuca con algo de fastidio antes de asentir. No me mira, sino que tiene los ojos puestos en el lago, que ahora está lleno de nenúfares coronados con unas flores rosas cuyos tallos alcanzan a sobresalir entre el agua. Se alzan como las reinas y es una vista preciosa.

—Me siento mareado. Quizás solo sea el cansancio por todo el ajetreo de la coronación.



Sabía que eso podía pasar al mezclar el somnífero con alcohol, pero debía tomar el riesgo. Saco la manta de la cesta y la extiendo sobre el pasto. Le pido que se recueste y no duda en hacerlo. Aprieto los labios, nerviosa. Cuando me siento, le acomodo la cabeza sobre mis piernas. Debo estimular su sueño, llevarlo hasta allá. Para mi suerte, Stefan me lo permite todo. Escucho su respiración pesada por la humedad del bosque y me fijo en su mirada adormilada mientras me observa desde abajo y en la manera en que su cuerpo empieza a relajarse.

—Eres hermosa, Emily Malhore —susurra con una sonrisa. Su voz es suave y no tiene mucha fuerza, aunque sí mucho sentimiento. No es la de un rey o un príncipe, sino la de un joven cualquiera enamorado—. La mujer más hermosa que he visto y que veré en toda mi vida.

Las lágrimas tratan de anegarme los ojos, así que levanto la cabeza y pestañeo tan rápido como puedo para evitarlas. ¿Por qué teníamos que destruirnos de esta manera? ¿Por qué mentirnos y clavarnos las espinas? Antes nos veíamos como dos muchachos que iban a la guerra a enfrentarse al enemigo; sin embargo, nos teníamos el uno al otro para ponernos las vendas si resultábamos heridos. Y, de pronto, en algún punto de la batalla, las espadas ya no apuntaban hacia el frente, nos apuntábamos entre nosotros. Nos convertimos en el enemigo del otro. ¿Por qué? Hubiera peleado mil guerras a su lado, pero ahora estoy aquí, fingiendo un amor que se ha aislado en el fondo de mi corazón y que se apaga como una hoguera bajo la lluvia, debilitándose con cada gota.

—Emily. —Lo oigo llamarme ante mi silencio, así que le devuelvo la mirada—. Mañana enviaré a un guardia para que vaya por tus padres y puedas verlos en el palacio.

Siento como si una avalancha se me viniera encima y dudo. Empieza a abrirle grietas a la seguridad que sentía. ¿Y si no me voy ahora para poder ver a mis padres? Sé que cuando llegue a Lacrontte no podré ponerme en contacto con ellos o revelaré mi paradero, así que, si me quedo un poco más, podría contarles lo que pretendo y luego



planear una nueva fuga para otro día. Pero ¿cuándo? No creo que esta oportunidad vuelva a repetirse. ¿Qué otra excusa le daré a Stefan para venir aquí sin que se vea sospechoso?

No, es ahora o nunca.

—¿No te pone feliz la noticia?

—Sí, por supuesto. —Sé que está esperando una reacción positiva, así que simulo emoción una vez más—. Los extraño mucho.

—Supongo que ellos me odian, ¿verdad? —Suspira de agotamiento, mientras se frota los ojos. Su voz ahora es más baja, aterciopelada.

—Les arrebataste a su hija. Entonces puede que sí.

—Espero que me perdonen cuando contraigamos matrimonio.

Doy un respingo porque me sorprende y me indigno al tiempo. ¿Cómo puede ser tan desvergonzado? Juro que podría empujarlo ahora mismo.

—¿De verdad crees eso? —Mi voz refleja desconcierto—. Stefan, ya estás casado con otra mujer.

—Solo será por un tiempo, lo juro. Después de eso tú y yo podremos estar juntos.

—¿Cuál es tu plan exactamente?

—Necesitamos la ayuda de los Wifantere para mantener la frontera segura, pero mientras eso sucede buscaré ayuda de otros reinos. Ya puse la mirada en Dinhestown e intentaré nuevamente con Gren-cowck, pues las influencias de los Griollwerd pueden ayudarme a convencer al rey Aldous. Después de que tenga la ayuda de ambos reinos, podré separarme de Lerentia y seré libre para estar contigo.

—¿Dinhestown?

Es la nación de la que menos he escuchado en mi vida. Ni siquiera en las tutorías el señor Field la mencionaba mucho.

—Es un reino pacífico. Se mantienen aislados de la guerra, pero sé que con buenos argumentos podré convencerlos. ¿Crees en mí, cielo? ¿En que podré hacerlo? —Inclina la cabeza hacia un lado, acomodándose sobre mis piernas. Ya no me mira de frente. Es más, ya ni siquiera me mira, sino que tiene la vista nuevamente en el lago.



Parece que el sueño ha subido un escalón. La cima no debe estar muy lejos.

—Sí, lo hago —miento para cortar el tema.

—Qué irónico estar aquí, celebrando mi coronación, cuando la última vez que pisé este sitio te esperé hasta el amanecer, desesperado y solitario, y jamás viniste a mi encuentro. —La voz se le va apagando con cada palabra—. Todavía no entiendo por qué rechazaste mi plan.

—¿De qué hablas?

—¿Acaso no abriste la caja que envié a tu casa junto con las flores?

Busco su mirada y niego, pero él ya tiene los ojos cerrados. Ahora me siento culpable. Lo recuerdo. Cuando llenó mi sala con flores, mamá me avisó que también había llegado una caja, solo que yo pedí que la desechara sin mirar su contenido. ¿Qué tenía pensado hacer?

—Te envié una identificación, ya sabes, otro nombre para ti. Con eso podías salir del reino y huir. Había encontrado una ciudad para nosotros: Limehold, la capital de Dinhestown. Allá hay mucha naturaleza y colores, así que supuse que te gustaría empezar desde cero conmigo ahí. Nadie nos molestaría y solo seríamos tú y yo, como lo planeábamos. Esa noche estaba dispuesto a escaparme contigo, pero nunca llegaste. Supongo que fue el destino.

Caigo en picada. Me arden los ojos y abro la boca para exhalar, impactada. Es como si el último fantasma de la esperanza abandonara mi cuerpo. ¿Era eso lo que planeaba para ambos? ¿De verdad pensaba arriesgarse conmigo?

—¿Esto es en serio? —pregunto con un nudo en la garganta que parece estrangularme.

No responde, no habla. El silencio se levanta como la neblina en la madrugada. Solo escucho las ráfagas de viento entre las copas de los árboles, el crujir de las ramas, el croar de las ranas y quizás, si el oído no me falla, el silbido de un cardenal. No se mueve y yo tampoco. Solo su respiración da cuenta de que su corazón sigue aquí. Temo despertarlo y que todo el avance se pierda. Hemos llegado a la cima.



La luna sella nuestro último encuentro y le abre la puerta a mi libertad. Me mantengo quieta por unos minutos más. Le lanzo miradas ocasionales para comprobar que sigue dormido y no dejo de acariciarlo mientras vigilo su sueño, como si domara a una fiera. Le muevo la cabeza a un lado cuando estoy completamente segura de que no interrumpiré su descanso y, como si de un cristal fracturado se tratara, lo pongo sobre la manta. El cabello le enmarca la cara y se ve tan inocente que siento un ápice de culpa al imaginar lo perdido que estará cuando se despierte mañana. Sé que lo primero que hará será buscarme, preocupado por que algo me haya pasado, y es por eso que esta noche necesito avanzar tanto como pueda, de modo que sus guardias no puedan encontrarme.

—Te amaba mucho, Stefan —le susurro tan bajo que ni despierto podría escucharme—. Me hubiera gustado seguirte queriendo. Sé que estás quebrantado, que lo has estado por muchos años, y me duele no haber podido hacer nada para sacarte de las garras de tu verdugo, pero no por eso tenías que romperme a mí.

Me arrodillo a su lado y le dejo un beso de despedida en la frente. Las lágrimas me caen por las mejillas cuando me pongo en pie despacio y recorro el claro del bosque en busca de mi guía, quien rápidamente sale de la penumbra de un grupo de árboles. Me llama con la mano y levanta una lámpara a gas para que pueda reconocerlo, aunque, a decir verdad, no tengo la menor idea de cómo debería lucir.

—Deje de llorar —me dice cuando llego hasta él—. Eso le congestiona la nariz y el aire del bosque ya es pesado por la humedad. No le agregue una carga más a sus pulmones si quiere salir viva de aquí.

Y así de fácil la vida me da una bofetada que me lleva de vuelta a la realidad.

—¿Cuánto nos tomará llegar a la frontera con Lacrontte? —Ignoro el regaño con la pregunta.

—Una semana si no hay contratiempos. No está de más recordarle que mi función es llevarla hasta allá. El señor Klemwood me pagó para protegerla de las bandas que suelen robar en el bosque,



pero, cuando lleguemos al punto de encuentro, cruzar dependerá solo de usted. ¿Entendido?

Asiento. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Trago fuerte y me ajusto el abrigo antes de darle una mirada final a la persona que dejo atrás.

Stefan es el primer hombre, fuera de mi padre, al que he puesto en mi corazón, pero no será el último porque voy a encontrar a alguien digno. Me lo prometo. Hallaré a alguien que me ame como él debió hacerlo, como creí que lo haría y como siempre lo he imaginado. Me hizo pagar por su cariño con lágrimas. Sé que su padre cercó su corazón, pero esa no es una razón válida para que luego haya venido a cercar el mío. Yo se lo entregué en su estado más puro y ahora solo quedan pedazos... Y lo peor de todo es que uno de esos trozos siempre será suyo.

